

# BELCEBÚ

Emilia Pardo Bazán



Nada equivale al dominio sobre las  
almas.

NAPOLÉON.

A tal hora, y alumbrados por romántica luna, los vetustos edificios se ennoblecían. Sus cerradas puertas sugerían misterios; sus ventanas, inquietud. El arqueólogo recordaba genealogías, lamentaba ruinas, ausencias y decadencias.

—El palacio de San Julián... Lo han adquirido los Paulistas. El de Noaña... Éste sí que tiene empaque... Qué Atlante el que corona el ático, aguardando, según la tradición, a que pase una mujer de bien, para soltar la bola que agobia sus hombros. Ya es dueño del palacio Carozo, que abrió almacén de mercería en los bajos. El caserón de Andianes... Veinte mil duros dio por él Sañete, el prestamista... Puso tiendas... ¡Si levantara su cabeza el constructor, el orgulloso caballero portugués, emparentado con los Braganzas!... —Aguarde usted. Con la Inquisición hemos topado. En el día, Administración de Rentas Estancadas...

—Pues no le encuentro aire siniestro al edificio.

—Pch... No, en realidad; y registrando papelotes, tampoco parece esta Inquisición de las más temerosas. Al contrario: llama la atención el espíritu de benignidad de sus sentencias. Benignidad relativa, claro, como todo es relativo en este mundo. Los tribunales ordinarios aplicaban entonces los mismos procedimientos e igual penalidad que el Tribunal de la Fe: la tortura, la horca, la hoguera —y así sucedía en toda Europa—. Lo que sorprende, dada la leyenda, es que muchos de los reos que gimieron en esos calabozos —hoy sótanos, depósitos de tabaco— fueron reclamados por el Santo Tribunal a la justicia seglar, que los había condenado a muerte de fuego; y la Inquisición no sólo les salvó la vida, sino que los echó a la calle —previa, eso sí, la azotaina y la pública vergüenza—. En los procesos que he des-

tripado, en todo el siglo XVII no encuentro aplicado una sola vez el brasero por esta Inquisición. Astrólogos y brujas cumplieron con los azotes.

—¿Astrólogos y brujas?... —repetí.

—¡Bah! Gentuza aldeana; rameras de un género especial, enamoradas de unos diablos fingidos; buhoneros portugueses que judaizaban y no comían torreznos... Supersticiones groseras... Ni aun existieron aquí de esas beatas alumbradas, tan curiosas como la célebre de Piedrahíta, de esos conventos de posesas... Únicamente...

—¿Qué? —pregunté ansiosa, olfateando drama.

—Úni-ca-mente... —repetió con énfasis—. Pero se trata de un estudio hecho por mí, sobre documentos que nadie conoce; un verdadero descubrimiento que creo haber realizado...

Comprendí que, como todo hombre obsesionado por una idea, el arqueólogo deseaba la confianza, y como todo investigador erudito, la admiración hacia sus indagaciones, y apreté.

—Va usted a ser la primer persona a quien confíe... Porque hay mucha gente envidiosa, grajos que se vestirían de las plumas ajenas... Me robarían el fruto de mis vigiliass...

Me guardé de advertirle que lo que suele correr peligro de ser robado es el dinero y los jamones, no las sabidurías, y ofrecí absoluta reserva.

—Mire usted bien —me dijo— esa fachada de la Inquisición, con su portón macizo, su arco de robustas dovelas; ese huerto que la rodea, y en el cual existió su «quintana de muertos» o sea cementerio: en él sepultaban secretamente a los que fallecían en las cárceles; ahí dormirán los huesos del protagonista de mi relación, y ahí se enterró con él la solución de un enigma oscurísimo de la historia de España en los últimos años del siglo XVII... Y ahora venga usted conmigo: contemplaremos la vivienda donde se inició el drama.

Al través de callejas con soportales, costanillas y escalinatas, fuimos a parar frente a un palacio, el más solemne de todos los vendidos por sus arruinados o antojadizos dueños. Es difícil decir en qué consiste el toque del señorío y la dignidad en los edificios; sin embargo, nadie ignora qué impresión de respeto cau-

san ciertas piedras antiguas. Quizás el mismo deterioro del palacio, lo negruzco de su cantería, su aire de abandono, prestaban grandiosidad al amplio escusado, con dos sirenas por tenants.

—Fíjese usted —indicó el arqueólogo—. La luna permite ver... Es el blasón de Mariño y Lobera; las sirenas recuerdan la aventura del caballero que amó a un monstruo marino en figura de mujer; las veneras y las ondas con tres peces, la del que vio venir por el mar la barca prodigiosa de granito del Apóstol y se convirtió. La fábula y la leyenda se reúnen en tan ilustres apellidos. Un Lobera, virrey del Perú, construyó este palacio y legó a sus descendientes un caudal, reunido después de dos sucesiones en cabeza de doña Juana Mariño, unida en matrimonio a don Fernando de Aponte, conde de Landoira. El palacio tenía sombrero jardín; actualmente lo han aprovechado para instalar una tintorería.

Bien contemplado el sugestivo edificio, nos retiramos a la fonda, y, en su salita, nos sentamos en sillones revestidos de antimacasares de crochet, el mobiliario más prosaico... El reloj de la catedral dejó caer con majestad infinita doce distantes campanadas en la transparencia de la noche, y por la abierta ventana entró, envuelto en blanca lumbre, el leve fantasma del pasado.

—Va usted a oír... —murmuró el arqueólogo—. ¡Ah!, el día en que yo me decida a publicar mi libro sobre el asunto... Tendré que editarlo en Madrid, y recurriré a la amistad de usted; aquí no me fío de las imprentas; a lo mejor, el catedrático Delgadillo, que siempre anda a la husma, se adelanta...

—¡La historia! —exigí, refrenando la divagación maniática del erudito—. Es tarde, y no quiero dormir antes de oírla. Es decir, usted tiene el deber de que, después de haberla oído, no pueda dormir tampoco.

\* \* \*

—Para desvelar es el caso... Sepa que la historia empieza exactamente el 28 de febrero de 1689, o sea once años antes de finalizar aquel siglo en que España, la del sol nunca puesto, pa-

reció hundirse en las tinieblas... El 12 del mismo mes, en Madrid, había fallecido, casi súbitamente, a los veintisiete años de edad, la reina doña María Luisa de Orleans, primera mujer de Carlos II, a quien llamaron después *el Hechizado*.

La pobre niña estaba casada, desde los diez y ocho, con un esposo melancólico, último y único superviviente de los varones que dio a luz doña Mariana de Austria, y que, retoños de una cepa sin savia y jugo vital, se extinguieron a poco de nacer. Sobre la cabeza de la gentil francesita colocó el monarca español corona cerrada de diamantes; rodeó su cuerpo con velludos bordados y cándidos armiños; ciñó su garganta con perlas gruesas como lagrimones de una gigante triste; la festejó con corridas de toros en que picaron y rejonearon los grandes —los Camarasa, los Ribadavia, los Medina Sidonia—, y con un auto de fe espléndido, el postrer auto que vio la corte de las Españas. No obstante, desde su alto trono, la reina se añoraba de Versalles, y no la distraían las caricias de un infantito, porque su vientre no era fecundo. Bajo sus ventanas, la serenata española, en vez de hipérboles de adoración, repetía una redondilla conceptuosa, que encerraba una amenaza de divorcio:

¡Parid, bella flor de lis,  
en aflicción tan extraña;  
si parís, parís a España,  
si no parís... a París!

Y la flor de lis se secaba de puro aburrimiento cuando apareció en la corte un meteoro ruidoso y brillante: la célebre condesa de Soissons, princesa de Carignan...

—¡Olimpia Mancini! ¡La sobrina de Mazarino! —repetí, empezando a vislumbrar un punto de luz rojiza entre las tinieblas del anunciado enigma histórico.

—La misma, la *negra* Olimpia... que no fue tan negra; que todavía, a los cincuenta años, conservaba mucho del perverso atractivo que estuvo a pique de hacerla reina de Francia, y no había interrumpido sus galanterías, como que apenas llegada a Madrid se murmuró de su intimidad con el embajador de Alemania, conde de Mansfeld. Traía Olimpia en sus faldamentas de

brocado, en sus encajes exquisitos, en sus lazos de rasolís, el aire embriagador de aquel Versalles donde se cortejaba, se bailaba, se conversaba ingeniosamente —y se moría de pronto, con muerte inexplicable—. Desde la llegada de la Soissons, la reina de España no tuvo más afán que verla, hablar con ella de Francia, de la corte, de los que allí alegremente habían quedado mientras ella pasaba el Pirineo, hacia sus nostálgicos destinos. Carlos II se oponía. Bueno y débil, el Austria amaba a su esposa, y no ignoraba que ardorosas ambiciones políticas y combinaciones europeas pendían de la existencia de María Luisa de Orleans. La francesa estorbaba en el trono, y el rey temía que Olimpia, entre sus frascos y pomos de oro llenos de blanquete, colorete y esencias, trajese otros de las aguas letales que la había enseñado su padre a preparar... En el París con el cual soñaba María Luisa, una gavilla de envenenadores y sacrílegos era juzgada en aquellos días por la Cámara ardiente, y la venida de Olimpia tenía trazas de fuga...

No lograron las razones del rey convencer a la reina. Por una escalera secreta de palacio fue la Mancini diariamente introducida en la regia cámara. Carlos II suplicó que, al menos, no probase su esposa manjar que no hubiese catado él, y ordenó que se pidiesen a Francia contravenenos. La joven reina sonreía aturdidamente, y Carlos, desde la llegada de Olimpia, se mostraba más abatido, más flojo que nunca; más dominado por indefinibles terrores, quejándose de *algo* que no acertaba a explicar: desmayo de su virilidad, decadencia de sus energías... Un día se esparció la fatal nueva: la reina se moría, la reina había muerto... La triaca pedida a Francia llegó veinticuatro horas después.

Susurró la gente; hubo en la opinión ese estremecimiento hondo que sigue a las tragedias. Sin embargo, como del monástico y austero palacio real no salió un ruido ni una voz; como la Mancini se evaporó lo mismo que había venido, camino de Bruselas, sin que la persiguiesen; los vasallos de la católica majestad enmudecieron también y se dedicaron a esperar que la princesa alemana que había de sustituir en el trono de España a María Luisa no fuera también estéril y naciese el ansiado heredero. Sólo dos o tres duendes cortesanos soltaron la especie que la justicia buscaba a los servidores de la Mancini, para aplicarles el tormento y

descubrir una horrenda trama. O los servidores supieron ponerse en cobro, o no encerraba verdad el sordo rumor.

\* \* \*

Dos semanas después —cuando todavía en las iglesias españolas se elevaban preces por el alma de la tronchada flor de lis—, llegó a esta metropolitana ciudad de Estela un hombre joven, de traza distinguida, con señales de haber caminado a pie largo tiempo. Algo de dejo extranjero tenía su habla, y sus modales eran corteses y reservados. Los zapatos a la francesa que calzaban su curvo pie, los revestía espeso polvo y se caían de viejos; su equipaje era menguado hatillo. Preguntó por la residencia de don Fernando de Aponte, conde de Landoira, y le guiaron a ella. Solicitó el derrotado viajero ver al conde, para quien traía, según dijo, una carta comendatoria, y admitido a la presencia del señor presentó la misiva, en la cual don Nicolás de Guzmán y Caraffa, príncipe de Astigliano y servicial amigo de don Fernando, recomendaba eficazmente al portador —recomendado a su vez del embajador alemán—, que deseaba seguir la carrera eclesiástica, y careciendo de dineros se prestaba a cualquier trabajo si le mantenían y le dejaban horas disponibles para el estudio. La carta llevaba fecha del 2 de febrero y, sin duda por descuido, no expresaba el nombre del portador, pero éste se apresuró a decirlo: llamábase «el caballero» Justino Rolando, natural de Nápoles, en Italia. El hecho de que un extranjero viniese a cursar Teología y Cánones en Estela no era extraordinario, y en las casas ilustres rara vez faltaba el sirviente-estudiante. Algunos de éstos llegaban con el tiempo a obispos. Don Fernando dispuso que se previniese cama y cena al forastero.

La familia del conde de Landoira se componía de su esposa doña Juana Mariño y de dos hijos: don Enrique, de catorce años, y doña Colomba, de doce a trece. No faltaban en el palacio dueñas y pajes, cocinero y marmitón, y un mayordomo; pero conviene advertir que el personal y el tren de la casa eran a la antigua española, sin refinamientos ni fausto, pues don Fernando pecaba de mezquino, con harta desazón de doña Juana, amiga de sacar los pies del plato y disfrutar de su riqueza. En aquellos



tiempos, las mujeres y los hijos estaban sometidos a la autoridad conyugal y paternal, y ni la condesa, a pesar de ser la hacienda suya, se atrevía a gastarla ni a intervenir en la educación y futura suerte de sus hijos.

Había resuelto el conde que don Enrique no tardaría en ser enviado a la corte para ceñirse la espada, y doña Colomba, al cumplir la edad de diez y seis años, se casaría con su primo el marqués de Armariz, boda concertada casi desde el nacimiento de los novios.

Lisonjeó la avaricia del conde de Landoira el encontrar en el forastero una persona de entendimiento sutil, conocimientos variados y letra clarísima que, sin sueldo, le sirviese de secretario, ayudándole a desenredar la madeja de varias cuestiones y litigios que le traían a mal traer. Desde el primer momento, Rolando se captó la confianza del señor. El resto de la familia no le miraba con tanta benevolencia, y aun puede decirse que al principio sentía indefinible prevención, que acabó por disiparse.

Las maneras políticas y la dulzura insinuante del italiano consiguieron quitar todo pretexto de hostilidad contra él. La superioridad de la educación se impone hasta a los que no la poseen, y la gente de escalera abajo también llegó a profesar involuntario respeto al estudiante. Rolando jamás tenía una exigencia, jamás se descomponía; trataba con igual consideración a las dueñas que a la condesa; y en cualquier asunto, sin alardes vanidosos, demostraba saber y práctica del mundo. Sus movimientos eran cautelosos: dijérase que vivía sordamente; se deslizaba con felina suavidad y evitaba hasta el roce. Por otro lado, ni sombra de tacha en su conducta; cuando salía era a la catedral, a rezar muy devoto, como quien ha de ser de Iglesia; y aun las devociones las practicaba sin afectación, sin estruendo. Su mayor cuidado era no molestar a nadie y eclipsarse en lo posible. Tal género de modestia y tanta prudencia le ganaron las voluntades y le envolvieron en la penumbra discreta en que parecía aspirar a esconderse.

\* \* \*

Sólo una persona influyente en la casa mostró al pronto, y más cada día, violenta repulsión a Rolando. Esta persona, conocidí-

sima y casi diría popular en Estela, fue el Inquisidor y padre Visitador del convento de San Francisco, fray Diego de las Llagas. Para explicarse aquella relativa benignidad de la Inquisición de Estela, de la cual hemos hablado, es preciso saber que andaba manejada por fray Diego, hombre de sanas entrañas si los hubo, opuesto a toda crueldad inútil, y que disputaba a la justicia secular su presa, libertando de la hoguera a los que sólo habían pecado de ignorancia y obtusidad de entendimiento. Cuando no se piensa por papeletas rutinarias y se examinan de cerca los documentos históricos, aparecen bastantes inquisidores clementes —siempre dentro de su época y de su medio, que otra cosa fuera milagro—. No solamente fray Diego gustaba sacar de las uñas de los alguaciles a las ilusas y supersticiosas sin maldad, sino que ejercitaba la caridad con ardiente celo, y a él acudían pedigüños y mendicantes de muchas leguas en contorno. Decían que su sayal «tenía virtud» y besaban con fe su grueso y lustroso rosario de huesos de aceituna del Olivete.

Por deberes de su cargo de Visitador de toda una provincia Seráfica, cargo que ejercía con celo incansable, fray Diego se hallaba ausente de Estela cuando Rolando se cobijó en el palacio de Landoira. Una tarde —ya a fines de mayo— presentose impensadamente el fraile, a la hora del chocolate, en el saloncito donde solía sentarse don Fernando, a mirar al través de los vidrios el gentío que pasaba camino de la catedral. Entrometiéndose amistosamente, preguntó el franciscano qué ocurría de nuevo, y le noticiaron la llegada del forastero, que ya en el convento le habían dicho, y que don Fernando refirió ensalzando las cualidades del napolitano. Imperioso mohín de disgusto arrugó la faz morena y expresiva del fraile. ¡Maldita la gracia que le hacían los italianos a él; Italia era una tierra corrompida, y lo bueno que de allí viniese, en la frente se lo habían de clavar!

—Pues el santo patriarca san Francisco de Asís, en Italia ha nacido —observó con alguna picardía don Fernando.

—¡Hace ya muchos siglos! —replicó el inquisidor al aplastante argumento—. Y no ha vuelto a nacer otro por el estilo, que yo sepa... Hágame la merced el señor conde de dejarme que vea la cara de ese pájaro. Llámeme aquí, si lo ha por bien.

Compareció el «caballero» Rolando y, al cruzarse con la del fraile su mirada, la propia sacudida eléctrica, misteriosa, de antipatía total, retembló en los nervios de ambos. Impresión no razonada, que viene del fondo del instinto, y por lo mismo es más fuerte, se afirmó en fray Diego al examinar, con su ojeada de confesor e inquisidor experto, el talle y cara de Rolando. Sin embargo, éste, que representaba apenas veintitrés años, y contaba en realidad veintiocho, era guapo, apuesto y de buen porte. Vestía de paño negro, con sencillez severa, y su cabeza aristocrática se erguía sobre un cuello largo y nervudo. Su rostro, de perfilada y recta nariz, corto de barbilla, descolorido y bello, recordaba un poco la fisonomía triangular y enigmática de los gatos, y sus ojos aumentaban la semejanza, vastos y verdes, del verde líquido, agrisado e irisado del agua de mar encharcada en las peñas. Sus manos llamaban la atención por lo pulidas y flexibles. Aunque adamado, sus piernas torneadas descubrían musculatura de acero. El franciscano, guiñando las pupilas, le consideraba, y discurría, con la angustia que produce el querer fijar un recuerdo y no lograrlo:

—¿Dónde he visto yo una faz, un gesto parecido al de este bergante?

Apenas hubo salido Rolando, hizo explosión el fraile, vehemente, como todo el que sufre la impulsión de la corazonada.

—¡Ni una hora le tendría yo en casa, ni disfrutaría un momento tranquilo si le tuviese! ¡Éste —añadió, dándose una puñada al lado izquierdo sobre la región cordial— no me engaña nunca!

Don Fernando lo echó a broma, pues gastaba muchas y muy sazonadas con el fraile, y gustaba de hacerle rabiarse un poco.

—¡Sea mejor pensado su paternidad! ¿Qué pecado ha cometido este galán, si puede saberse?

—¡Hum, hum! —replicaba el inquisidor, no hallando respuesta categórica.

—Él estudia, él siempre a vueltas con sus librotos. Él no sale sino a la iglesia, al anochecer. Él no levanta la voz a nadie. Él no tiene un vicio...

—¡Hum, hum! —insistió el franciscano—. ¡Peor, peor, peor! ¿Conque sin vicios? ¿Un santo *mocardo*? Tomara yo que echase

un traguillo, o diese una vuelta a los naipes, o anduviese tal cual día, como quien dice, a la flor del berro... y no tanta santidad, no esa agua mansita...

—¡Fray Diego, qué está diciendo su paternidad! —exclamó el conde, fingiéndose escandalizado.

—Dios sabe perfectamente lo que quiero decir, señor de Aponte... Y no se me santigüe, que no hay por qué, si no es por devoción... Barro es el hombre, y pecadores somos, y es de recelar que, quien no peca como hombre, peque como diablo... Antes podría dudar de ese mozo, pero ahora juraría...

—¿Qué? —insistió el conde.

—Ello dirá... Ya que no le ponga en la calle, que más valdría, ial menos, abra el ojo! Sería la primera vez que fray Diego de las Llagas no conociese a un cojo en el andar...

\* \* \*

Un mes después de esta plática trasladose la familia al solariego Pazo de Landoira, muy predilecto de don Fernando, quien, entre otras puerilidades, tenía la de preferir los bienes y casas que constituían su propia menguada hacienda, a los muchos que le venían por parte de su mujer. Landoira, realmente, justificaba la preferencia de su señor; situado el palacio a la margen del río Ulla, en la comarca más pintoresca que es dable soñar, era una residencia veraniega y otoñal, que competía con las tan ponderadas de Liñares, Ribadulla y Oca; y, a pesar de su habitual tacañería, el conde había gastado en hermosearla, en hacerla amena y productiva, acreciendo sus diestros con adquisiciones afortunadas y alhajando sus salones con más lujo que los de Estela. Invitó el conde a fray Diego a que pasase con ellos en el campo un par de semanas de descanso y reposición de la salud; el inquisidor aceptó, y el par de semanas se convirtió en un largo mes, durante el cual su sagacidad se ejercitó en tratar de descubrir algo sospechoso o censurable en los proceder del italiano, por quien seguía sintiendo una repulsión instintiva, ardiente e invencible. Fue, no obstante, inútil su cuidado; Rolando no hacía nada que pudiese ser objeto de censura; antes al contrario, afable y cortés para todos, diligente y utilísimo para

el conde, apto para la labor de secretaría, aplicado y callado, era difícil regatearle los elogios que le prodigaba don Fernando con cierta maligna satisfacción de haber acertado y de alardear de independencia y perspicacia ante el inquisidor. Callábase éste, sin renunciar a vivir alerta; pero había algo que le preocupaba especialmente en casa de Landoira, y era doña Colomba, la hija de los condes. Conviene saber que fray Diego adoraba en ella; era su confesor, y conocía las maravillas de su alma, amasada con nieve y fuego, y las gracias de su espíritu, tempranamente adornado con perfecciones propias de los serafines. Aproximábase Colomba a los catorce años, y parecía trasunto de una de esas vírgenes—niñas, de frente espaciosa, cándidos ojos y formas indecisas, asexuales, que se ven en las tablas de los primitivos, arrodilladas, esperando al ángel, ante un reclinatorio, donde en búcaro ligero se yergue tersa vara de azucenas. Para que se comprenda bien el sentimiento que a fray Diego de las Llagas inspiraba doña Colomba, debe decirse que era un cariño protector, unido a una especie de alarma medrosa. Hay purezas que asustan, como asusta lo excesivo, lo que es más que humano; y el inquisidor, hombre en el mejor sentido de la palabra, temía en la hija del conde de Landoira las enfermizas exaltaciones, como se teme que ha de romperse, aun sin tocarle, el cristal fragilísimo que se enciende con los colores del cielo. Los temores, los presentimientos, mejor dicho, de fray Diego, parecían empezar a tener fundamento aquel año, en aquella grata temporada veraniega, en que las uvas que dan el vino dorado y perfumado maduraban en los hojosos parrales, y los mirtos en flor, en el condal jardín, atraían a las aterciopeladas mariposas y a las abejas borrachas de miel, con una alegría pagana, enteramente opuesta al misticismo que invadía el espíritu milagrosamente precoz de la doncella.

Se enteró con pena y aprensión fray Diego de que Colomba hacía rigurosas penitencias y se pasaba horas enteras con los brazos en cruz en la capilla, donde se guardaba la imagen de cera de su patrona, la mártir santa Comba, suntuosamente ataviada y con la garganta sangrienta, degollada casi. Las dueñas hablaban de cilicios y disciplinas, secretamente usados por la niña; de haberla hallado en su cuarto en algo que parecía éxtasis. Sin sa-

ber por qué, a no ser que fuese por algún aviso de «aquél», que jamás le engañaba, el fraile relacionó dos hechos sin conexión aparente, pero que los dos le dolían: la exaltación de la niña y la presencia del italiano. Fijose en ambos cuando los veía juntos, y creyó advertir que Colomba, más bien que sentir atracción hacia Rolando, se encogía y se estremecía en su presencia. En el confesionario pudo cerciorarse: Colomba declaró que Rolando y los ojos de Rolando producían en ella una impresión de azoramiento inexplicable, una especie de pena punzadora, y que la hacían sufrir hasta en sueños.

—Relucen de noche como los de los gatos —añadía la niña bajando la voz y como invadida por extraño escalofrío.

Antes de despedirse de los condes de Landoira, fray Diego celebró con ellos una conferencia detenida, y de tal manera supo pintarles los riesgos que corre una tierna jovencita en el mundo mientras no la ampara un esposo, que logró la promesa de que doña Colomba pasaría en el convento de la Santa Enseñanza los peligrosos años que separan a la niñez de la adolescencia y sólo saldría para unirse a su prometido. Raro parecerá que para curar la crisis del naciente misticismo de Colomba discurriese el inquisidor enviarla a un convento; pero ha de advertirse que no era la Santa Enseñanza un monasterio de contemplativas y exaltadas, propensas a la iluminación, como el de Belvista, sino una especie de colegio de señoritas, animado y bullicioso, donde Colomba encontraría amigas de su edad, y donde las monjas pensaban, ante todo, en enseñar labores y música, y en preparar mermelada de membrillo, dulce industria que ayudaba al sostenimiento de la Comunidad. La elección de la Santa Enseñanza como asilo provisional de Colomba probaba la sagacidad de fray Diego; y éste respiró al dejarla aislada entre aquellas paredes, lejos del sospechoso Rolando y con elementos de distracción y hasta de inocente alegría.

El mismo invierno en que Colomba entró en la Santa Enseñanza, su hermano don Enrique fue enviado a la corte, bajo la protección del príncipe de Astigliano, a seguir la carrera de las armas, única digna de la estirpe de Aponte Mariño. Los condes de Landoira quedáronse solos. Dos o tres años después de la partida del mayorazgo y la reclusión de la hija, empezó a ad-

vertirse transformación gradual en las costumbres y en el tren de la casa, que, por decirlo así, giró en sentido opuesto al anti-guo. El mando y dirección, ejercidos hasta entonces por el jefe de la familia, fueron pasando de un modo insensible a manos de la esposa doña Juana, cuyos gustos y aficiones visiblemente prevalecieron; y no sólo se aumentaron el gasto y el boato, sino que la condesa de Landoira, antes vestida con la sencillez que conviene a una matrona y a una mujer de su casa, apareció, no sin sorpresa de la gente, compuesta, emperifollada y retocada como una coqueta de la corte de Luis XIV, poniendo en Estela las modas francesas y viviendo pendiente del espejo y del tocador, encendido su grave otoño por una llamarada de ardor placentero y frívolo. Era su consejero y director de vanidades —¿quién lo pensara?— Justino, convertido de oscuro estudiantillo en abate refinado y almizclado, maestro en las artes de la molicie y del lujo. Poseía el caballero secretos —aprendidos, según decía, de un alumno del célebre perfumista Renato, brazo derecho de Catalina de Médicis— no sólo para adobar pieles, guantes, postizos y unturas, sino para defender y conservar la belleza madura y hacerla más provocativa y tentadora. En los desvanes del Pazo de Landoira había instalado una especie de laboratorio químico, y allí componía y destilaba menjurjes, drogas y cosméticos, blandurillas, potingues y tintes variados, merced a los cuales una frescura trasañeja y una turgencia de formas remozadas remanecieron en doña Juana, con esplendor de ocaso inflamado de cálidos tonos. Los servidores de la casa notaron con asombro y hasta con risa, disimulada por el trampantojo del respeto, que el conde, tan honesto marido siempre, parecía ahora, a veces, trasnochado galán de su mujer; al paso que los cordones de su apretada bolsa iban aflojándose sin protesta, pagando galas, joyas, muebles y regalos de la mesa, nunca conocidos en el palacio de Landoira. Las relaciones y amistades de los condes; la aristocracia entonada y timorata de Estela; los Torés, los Lanzós, los Resende, los Pardo, los Lage, principiaron a murmurar sin tasa de tanta novedad y tanto derroche, y, sobre todo, de las composturas y descomposturas de doña Juana, de sus profanos escotes, de sus collares y piochas, de su calzado con tacón alto, de las empecatadas esencias que, según el señor canónigo dig-

nidad de maestrescuela de la catedral, olían a infierno. La comidilla y el escándalo diario en Estela fue la casa de Landoira.

Andaba a la sazón fray Diego de las Llagas viajando largo para atender a muy diversos asuntos, unos terrenales y otros espirituales, que interesaban a su convento y a su Orden, y que le obligaron a pasarse cosa de año y medio en Roma, donde desenredó activamente varias marañas y dio muestras de su aptitud conciliadora. Al regreso a Estela, y en su propia celda, visitada por clero y señorío, se enteró inmediatamente de la chismografía atrasada. Cargó sobre todo la mano en los detalles y en apreciaciones severísimas el antes nombrado canónigo maestrescuela, don Tomás Resende, hombre de rígidos principios, inquisidor también, pero de los literales, partidarios de «hacer escarmiento». Por gusto de don Tomás, a más de cuatro se hubiese achicharrado, y no perdía ocasión de echar pullas a fray Diego con motivo de su lenidad. En esta ocasión, sin embargo, coincidieron los dos inquisidores: meneando la cabeza, el maestrescuela sugirió:

—Que me emplumen si eso no es obra del italiano...

Y fray Diego, fiel a su corazonada, metiendo las manos en las mangas del sayal, actitud franciscana por excelencia, asintió:

—¿De quién había de ser?...

La conversación entonces tomó un giro tortuoso, y las reticencias fueron más que las frases.

\* \* \*

Preocupado y ensimismado el fraile, salió del convento y subió la prolongada cuesta que, al través de dos o tres callejas empinadas y sombrías, conduce desde San Francisco a la Santa Enseñanza. Antes de dirigirse al locutorio para preguntar por Colomba, quiso entrar en la iglesia del monasterio a rezar una estación. La iglesia estaba solitaria a tales horas; ante el altar mayor, una figura negra, esbelta, se postraba. La sangre le dio un vuelco al franciscano; había reconocido a Rolando en el devoto, que ya se levantaba haciendo una genuflexión, y se retiraba, no sin mirar repetida y fijamente hacia el coro alto, donde se



oía el rezo un poco gangoso, cadencioso, porfiado como lluvia mansa, de las monjitas.

—¿A qué viene este pajarraco aquí?

La interrogación que a sí propio se dirigía fray Diego, da a entender que no se encontraba dispuesto ya a enfrascarse en rezos y devociones. Sólo su boca oraba. Su pensamiento volaba como una flecha, y su mirada, que se posaba en el altar distraída, de pronto se fijó fascinada en algo no percibido antes. La sacudida fue tal, que el fraile se tambaleó, balbuciendo:

—¡Jesús, Jesús! ¡Mi santo Patriarca!

En la hornacina central del altar, de honda y rica talla dorada, campeaba un grupo de san Miguel y el dragón. El príncipe de las milicias celestiales era, como es siempre, un lindo mancebo, de cara de mujer y cuerpo gallardo y musculoso. Su vestidura, magníficamente pintada y estofada, y el emplumado casco de oro que ceñía sus negros bucles, le asemejaban a las miniaturas de los códices, que le representan elegante y terrible. Hincaba el pie con energía sobre las roscas escamosas y verdes del monstruo infernal, y asestaba virilmente el hierro de la lanza hacia su jeta, contraída por la rabia y el dolor. El escultor había dado al dragón cuello y cabeza humana, y cabeza no repugnante, sino también hermosa, juvenil y como impregnada de una desesperación infinita. Un rayo de sol, al través de la ventana ojival, venía a iluminar la frente pálida y los ojos de vidrio del Malo, y fray Diego, espantado, creyó estar mirando la propia frente, los mismos ojos líquidos, submarinos del «caballero».

Momentos después, en el locutorio, la abadesa daba al alarmando inquisidor noticias de la hija de los condes de Landoira. Noticias excelentes: una santita, y el asombro de madres y educandas por sus precoces virtudes y su continua y férvida devoción. El genio, eso sí, algo triste; pocas migas con las compañeras, ninguna travesura, ninguna chiquillada. Su futuro esposo, el joven marqués de Armariz, había venido un día a visitarla, y edificó a todas la modestia con que le recibió, y como ni un punto alzó la vista del suelo, tanto que al otro día corrió por Estela un dicho del marqués: «No he conseguido saber de qué color los tiene.»

Rumiando estos informes —que parecían óptimos y no acababan de agradarle—, y volviendo a ver en su imaginación la cara del desesperado a quien el arcángel pisotea, se encaminó fray Diego al palacio de Landoira. Desde el portal pudo advertir las innovaciones que los murmuradores comentaban. Encantadoras tapicerías francesas de vivos tonos revestían las paredes de la escalera y la antecámara; criados de librea, ceremoniosos, abrieron puertas y precedieron al visitante, que refunfuñaba para sí, de puro asombrado y descontento. En los salones que tuvo que cruzar para llegar hasta la cámara de don Fernando de Aponte, advirtió también la metamorfosis: en lugar de los serios y altaneros muebles a la española, bargueños y sitiales, vio dorados espejos y estofas sedeñas, y en la pared cuadros de asuntos lascivos, desnudos clásicos y mitologías eróticas. Si fray Diego de las Llagas se deja llevar del asco, hubiera escupido. Aquel trozo de Versalles representaba la pérdida del alma y del honor de la casa de Landoira...

Y su indignación subió de punto al ser introducido en la estancia donde solía pasar las tardes el conde. Revestíanla sedas ostentosas, y en una especie de lecho de aparato —reminiscencia versallesca también— yacía tendido el señor de Aponte, con un gorro fino en la cabeza y una rameada bata de floripones, todo de francesa hechura; al alcance de su mano, en una mesita, tallados frascos colmos de vino, pasteles, dulces, grajeas y pastillas en cajas de plata; quemándose en un pebetero, un perfume que daba vértigo, y al lado de su esposo doña Juana, escotada, peinada a la Montespan, cubierta de joyas y encajes de oro, y prodigando mimos y carantoñas al conde, que sonreía imbécilmente, con baboso libertinaje...

No supo el inquisidor hacer otra cosa más que persignarse. Se persignaba a prisa, susurrando los nombres del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en ardiente invocación. Avanzó después, y sin poderse contener, dirigiéndose a la condesa, exclamó:

—Hermana, cubra ese pecho...

Dio un respingo la señora y aplicó sobre su escote maduro y mórbido el pañuelo de encaje que tenía en la mano.

El conde se enderezó apenas: su cara revelaba el estrago de algo que no se podía definir a primera vista; sus ojos brillaban

en su cara demacrada y pintada de colorete, como los de un roedor saturado de rejalgas. ¿Era aquél don Fernando de Apon-te? El fraile se detuvo, mudo y cortado. ¿Qué iba a decir, qué consejo dar, qué resolución esperar de un hombre que en tal estado se encuentra?

Doña Juana, entre tanto, convidaba al inquisidor a vino de Málaga y golosinas; y ante la vehemente negativa de fray Diego, se sentaba silenciosa, como el que da a entender que una visita molesta.

—¿Qué buen viento le trae, fray Diego? —articuló al fin el conde lánguidamente—. ¿Cómo le ha ido por Roma? ¿Se ha solazado mucho su paternidad? ¿Está reconciliado con Italia?

Un momento titubeó el fraile antes de contestar. Se le atropellaban en la boca palabras y conceptos furiosos.

Al cabo soltó aquellos que le parecieron propios del caso presente.

—Mal pudiera reconciliarme con Italia, como su señoría dice —articuló en tono incisivo y mirando fijamente a doña Juana— cuando allí he averiguado que tiene doble motivo para renegar de las artimañas italianas el que sea buen español y súbdito leal de nuestro señor el rey. En Roma se sabe cuanto ocurre por el mundo, y se murmura todavía de lo sucedido en el palacio real, al morir la reina doña María Luisa. Sepa su señoría que se coló allí una italiana, hija y sobrina de italianos, y con ella entró, no sólo la muerte, sino la brujería; porque embrujado está el rey nuestro señor, y exorcismos hay que aplicarle, a ver si logran deshacer la obra de la malvada, y que la monarquía, con esta nueva reina, consiga heredero... De Italia, sépalo el señor don Fernando si lo ignora, viene ese arte maldito de los hechizos... ¡y de algo más!, y con las drogas de Italia se sazonan los platos y se componen los filtros que han de atontar y barajar el seso... Los perfumistas son *otra cosa, otra cosa...* —y apoyaba el fraile sobre la enigmática frasecilla—. Así como han atentado a la sacra vida de la reina de España, y a la sacra salud del rey, atentaron en Francia a la del monarca Luis el Grande. ¡Castigo de Dios por sus desórdenes!

Doña Juana temblaba, lívida bajo el colorete. Una involuntaria mirada de angustia que le dirigió, enardeció más al franciscano.

—Hermanitos gemelos son el pecado y la muerte: no lo olvide, señor conde de Landoira... Por los sentidos entra el pecado, y por la boca la droga impura. Vivir honestamente, con sencillez, ejercitando buenas obras, rigiendo su casa y familia, es el modo de llegar a viejo... Y, hablando de la familia: ¿cuándo casamos a doña Colomba? Diez y siete años ha cumplido; urge darla esposo. Su primo el marqués de Armariz es por todos estilos digno de ella. El día de su salida de la Santa Enseñanza debe ser el de sus bodas.

—Se... se hará... lo conveniente... ¿No es cierto, do... doña... Juana? —balbuceó alheladamente el señor.

—Así es; lo conveniente —respondió evadiendo la respuesta la señora, cuya turbación iba en aumento.

—De... de mi hija... dispongo yo —afirmó don Fernando—. Lo mismo que... de mi mujer... —Y encandilado, dejando fluir de su boca un hilo de baba, alargó los dedos y tocó la barbilla y garganta de la señora, que se echó atrás, confusa por la presencia del Inquisidor. Éste, gravemente, se levantó, dirigiéndose hacia la puerta, y exclamando:

—Aquí ni se puede admitir convite de vino ni silla de amigo... Queden en paz los condes de Landoira; no crean que si fray Diego se marcha, dejará de encomendarles a Dios en sus cortas oraciones...

Al salir, desbordante de indignación tropezáronse el fraile que iba y Rolando que venía. Los ojos gatunos fosforescieron y el inquisidor volvió a persignarse, sintiendo que, a cada cruz trazada sobre frente y pecho, el hierro agudo de una resolución violenta se le afincaba en el alma...

.....

Hay pensamientos y zozobras cuyo peso difícilmente soporta el hombre sin confiarlo a nadie. Al cruzar por delante de la casa de los marqueses de Noaña, el Inquisidor alzó los ojos, miró al agobiado Atlante que parecía sudar y jadear bajo la pesadumbre del globo que sus hombros hercúleos sufrían, y se comparó con él, y la afirmación legendaria acudió a su mente: «Cuando pase una mujer honrada...» Desechó la amarga idea: si doña

Juana estaba embrujada ya, Colomba era inocente y apremiaba defenderla.

Aquel mismo anochecer, en un vasto y sombrío aposento amueblado con librerías cargadas de pergaminosos infolios y decorado con pinturas religiosas en cobre, departían el canónigo don Tomás Resende y fray Diego de las Llagas. La claridad de un velón de tres mecheros puesto sobre una tallada mesa—escritorio, alumbraba la estancia débilmente, pero de cerca acusaba con vigorosos contrastes de claroscuro los rasgos de las fisonomías graves de los dos inquisidores. Fray Diego abría su corazón oprimido, contaba sus ansiedades y sus sospechas, comentadas por don Tomás.

—Hartas veces tengo dicho a su paternidad, que gastar blandura con los malos es peor que ser malo —declaró don Tomás, así que oyó la relación del fraile—. Si desde que apareció en Estela ese hechicero se pudriese en un calabozo, no podría haber maleficiado a toda la familia de Landoira.

—Alto ahí, señor maestrescuela, que no es todo tan llano como su merced lo pinta. No quisiera yo presentarme al juicio de Dios cargado con la culpa de pudrir en un calabozo a quien no me conste que lo merece en justicia y ley. Indicios vehementísimos, no son certidumbres.

—De tales escrúpulos de monja se prevalen los malos —arguyó don Tomás, alzando un dedo amenazador—. Ya no hay Tribunal de la Fe; ya no hay verdaderamente Inquisición en Estela, ni tampoco en España. A nadie se castiga. Valientes sandios estamos y buen papelón el que hacemos. Paréceme su paternidad a aquel maridazo, que lo negaba porque no había visto sino una vez. Y ahora no alegrará su paternidad que hay pecado de ignorancia. El dichoso caballero Rolando figúrome, al contrario, que sabe tanto o más que su patrón y abogado Belcebú...

—Por lo menos tiene la misma cara y los mismos ojos —pronunció abismado en pensares el franciscano.

—Y los mismos hechos. ¿Se figura, hermano, que ese peje se vino a esconder a Estela por haber rezado rosarios y cantado letanías? Algún moscardón le zumbaría a los oídos, que si no... Están los tiempos, fray Diego, que es cosa de jurar que el enemigo anda más suelto que nunca anduvo. Antes san Miguel

lo tenía sujeto por la punta del rabo, y ahora, ni por ahí. Su paternidad, ¿no ha oído contar en Roma cosas que erizan el vello?...

—Sí, por cierto... ¡Cosas he oído que apenas pueden creerse... ni que las consientan arriba sin mandar un rayo!...

—¿Le han hablado de la misa negra?... ¿La misa al revés?... ¿La misa sacrílega?...

—Sí, sí, a mi noticia llegó... En París, en medio de tantos lujos y tanto arte como dicen que allí florece... y con lo devoto que es el rey Luis, aunque pecador... hombres que han recibido el sacramento del Orden sacrifican niños, empapan en su sangre la partícula (el Santo Sacramento sea loado) y dicen esa misa infame sobre el cuerpo de una mujer...

—¿De alguna meretriz?...

—De grandes señoras... las más ilustres... ¡Sí, repito, maestrescuela, que no puede creerse!...

—Todo cabe en la naturaleza humana, corrompida por el pecado y manejada por el tentador... Esos ritos del averno llegarán también aquí y los cumplirá, si logra ordenarse, el caballero Justino Rolando, protegido del muy necio señor conde de Landoira.

—Para que remedemos ese y otros males que amagan, he venido yo aquí a consultar al docto maestrescuela.

—Pues no hay que quebrarse tanto los cascos ni hace falta sabiduría. La Inquisición echa mano mañana mismo al brujo... Y en asegurándole...

—Y un escándalo inaudito en Estela; y los Landoira, mis amigos, afrentados, señalados... No, procedamos con maña y haritémonos de razón; reunamos cargos fundados, irrefutables, contra el que llamamos brujo, y entonces...

—¡Brava flema! ¡Cargos! ¿No me ha dicho, hermano, que ese hombre o diablo tiene en Landoira un gabinete escondido donde manipula drogas y potingues?

—No basta. En esos hornillos hará arrebol para doña Juana, o *filosofará*, como tantos, buscando la alquimia del oro.

Entró en aquel punto la criada del canónigo, portadora de la bandeja con los hondos pocillos rebosantes de soconusco. Y al ensopar los inquisidores el primer tajo del famoso bizcochón de

las monjas de Belvista, repuso don Tomás, siguiendo el hilo de la plática:

—¡Lo que él filosofa... no quisiera yo tomármelo disuelto en este chocolate!...

Por la tarea de absorber el suyo, o de puro consternado, calló fray Diego. Fue el maestrescuela quien tomó la ampollita otra vez.

—Puesto que no quiere su paternidad avenirse a lo más acertado, que sería echar el guante al brujo y quemarle en debida forma, al menos urge ponerle en estrecha vigilancia por los medios de que siempre ha dispuesto nuestro Santo Tribunal, y que ya apenas practica, desdichadamente. Esta vigilancia no la fiaremos a ningún familiar: correremos con ella en persona. Y nos encargamos también de casar cuanto antes a doña Colomba y a su noble pretendiente, don Ramón Nonnato Armariz.

—¡Eso sobre todo! ¡Antes que nada! —exclamó fray Diego, revelando cómo le interesaba, más que castigar a Justino, prevenir el daño de la hija de los condes.

—Poco a poco; ahora soy yo quien lo dice... Hay que proceder con tino. Vea su paternidad al joven marqués y entérole, no de la verdad completa, sería imprudente, pero sí de que hay influencias que podrían aunarse para estorbar su matrimonio; que viva prevenido y dispuesto a lo que se ofrezca. Y mañana, *Deo volente*, doña Cabreira, dueña mayor de la condesa de Landoira y pariente del padre Álvaro de San Benito, comparecerá aquí y hará declaración jurada de cuanto sepa y haya visto en casa de sus amos. Su declaración será contrastada por la del mayordomo don Segundito, que antes mandaba allí y ahora está a las órdenes del brujo, cosa que no le será gustosa, ni se lo puede ser humanamente. Y si hace falta delación expresa, la habrá.

Concertados quedaron los dos inquisidores en poner por obra al otro día su acuerdo; pero cuando fueron a ejecutarlo, supieron que don Fernando y doña Juana, con la servidumbre, habían salido hacia el Pazo de Landoira, en la Ribadulla. Nada tenía de extraño el caso, pues en mayo acostumbraban siempre ir a disfrutar de la hermosura del campo los señores; y sin embargo, fray Diego se admiró, porque, habiéndoles visto la víspera, natural parecía que se lo anunciaran. Adivinó una mar-

cha súbita, dispuesta, acaso, para librarse de él. No quedaba en el palacio sino el portero, viejo pasivo y taciturno, del cual no se podían esperar declaraciones importantes.

Ante el imprevisto obstáculo, nuevamente conferenciaron los inquisidores. En el primer momento no sabían qué partido tomar; las comunicaciones eran en aquel tiempo difíciles, y Landoira dista ocho leguas de Estela. Don Tomás, siempre amenazado de ataques de gota, no sufría ni el zarandeo de la litera. Fray Diego, más ágil, podría hacer la jornada si, recién llegado de Roma, no le obligasen estrictamente a permanecer en el convento lo menos doce o quince días el despacho y arreglo de los asuntos que tanto importaban a su Orden.

—Pues déjelo para entonces, fray Diego —aconsejó don Tomás—. Repare que doña Colomba, a pesar de las aprensiones de su paternidad, no corre peligro; en el convento está bien guardada. Aprovechemos estos días para entendernos con el marquesito de Armariz y apurar la boda.

\* \* \*

Hízose así, y fray Diego, agobiado por quehaceres inaplazables, si no olvidó el interés que le inspiraba la suerte de doña Colomba, hubo de relegarlo a segundo término. El canónigo, más desocupado, fue quien activó la secreta negociación matrimonial. Cierta tarde, ya a boca de noche, pasaba fray Diego por una calleja que forman las tapias del huerto de la Santa Enseñanza y las del antiguo Hospital de leprosos. Cruzose con él una sombra, una figura de hombre, suelta y airosa, recatada por sombrero ancho y capa oscura. Sintió fray Diego algo singular, una vibración en el pecho, aquel aviso profético que se jactaba de recibir en las horas críticas; y, volviéndose, quiso seguir al embozado; dobló la esquina de la tapia... Ni en los cercanos agros, ni en el estrecho y fétido callejón que serpeaba al pie de ellos, vio a nadie. Dijérase que la tierra se había tragado a la figura misteriosa. Flotaba no más en el aire un resplandor de ojos entrevistos, una centella verde...

Lleno de indecible inquietud, corrió al otro día fray Diego a interrogar a la abadesa, cuya respuesta fue tranquilizadora. Co-



lomba estaba allí, como siempre, tranquila, melancólica, muy asidua al rezo. El clavo de la ansiedad quedó, a pesar de todo, hincado en el alma de fray Diego de un modo intolerable. ¿Qué hacía en Estela el brujo? Atropellando negocios, expedienteos y cabildeos con padres graves, salió el franciscano al decaer la fuerza del sol, caballero en lucia mula, hacia Landoira.

Todo el camino experimentó una impresión singular, acentuada a medida que la noche se acercaba; parecíale que, a una distancia siempre igual, precedía al choque de las herraduras de su mula contra los pedruscos un ruido idéntico, más lejano, como si otro viajero le antecudiese. Aunque ni era apocado ni supersticioso, el franciscano se persignó y rezó bajito. Cuando la ceniza delicada del crepúsculo fue envolviendo el valle del Ulla, dejó de oírse el son metálico distante. Fervorosamente, fray Diego recitó un Ave María; una campana argentina acababa de llorar, a lo lejos, el *Ángelus*.

No era tan sencillo fray Diego que se dirigiese al Pazo de Landoira. Tomó por conocidos atajos, y se halló pronto en la Rectoral. Seguro estaba de la amistad del abad de Landoira, y hasta de su cooperación y obediencia: llevábale un nombramiento de familiar de la Inquisición de Estela, y tenía derecho a reclamar sus servicios, su silencio y su hospitalidad.

Empezó el abad por disponer suculenta cena al huésped; despachados los huevos frescos, las magras de jamón con torreznos, el vinillo del país que huele a violetas y fresa silvestre, el queso de tetilla y la jalea, conferenciaron el eclesiástico y el religioso. Éste deslizaba preguntas, formulaba interrogaciones hábiles.

—Infestado anda el país de brujería —declaró el abad—. Nunca he visto igual descaro. Se reúnen las hechiceras en la fuente de los Ángeles y en la cueva de la Pena, que están al pie del río. Bailan y pecan al aire libre, con mil obscenidades que no refiero, porque ofenden las pías orejas... Maravillado me tenía que no tomase mano en esto el Santo Tribunal. Y en cuanto al caballero, no sé qué decir... A las altas horas, en el desván del Pazo, se ve desde afuera rojear la llama de sus hornillos, y si no elabora más que unturas para la condesa, mucha leña gasta... Él es allí el amo, en eso no hay duda. Por cierto que me contó ayer mi criada, que se lo oyó a la moza que apaña hierba para

las vacas en Landoira, una cosa rara de ese italiano. Es el caso que ha mandado matar, en diferentes épocas, hasta tres cochinos magníficos, cebados y enormes. Después los ha hecho abrir en canal, y colgar en la bodega. Así los dejó quince o veinte días, sin salarlos, hasta que se pudrieron, y apestaban que confundían. Luego ordenó que se quemasen... Y esto no fue una vez; el hecho se repitió, y se han perdido ahí algunos doblones... No hallo explicación a tal capricho.

Calló el abad, de pronto, al notar que a fray Diego se le descomponía el semblante. No en balde venía el fraile de Roma, de escuchar cien veces la historia o la leyenda del *acqua Tofana*, de la horrible *cantarella*, el célebre veneno de los Borgia, obtenido frotando con arsénico el cuerpo de un cerdo abierto en canal, y recogiendo cuidadosamente el líquido que gotea de la carne descompuesta y saturada de ponzoña... Un temblor nervioso se apoderó del Inquisidor... Ya no podía caberle duda... ¡Oh, corazón profeta, corazón zahorí!

Proporcionó el abad a fray Diego el disfraz que deseaba; ropas no eclesiásticas, las que gastaba el mismo abad para ahorrarse la sotana y salir en busca de la perdiz en el otoño. Serían las once cuando, provisto de cuchillo, yesca, pedernal y recio bastón, calzado de paño, salió recatadamente el fraile, y se enhebró por las sendas floridas que conducían al Pazo de Landoira. Era su intención ver si ardía el satánico hornillo, y acechar lo que a tales horas sucediese en el Pazo. Se sabía de memoria entradas, salidas y rincones, y conocía una puerta mal cerrada de la sacristía, un paso por la tribuna de la capilla, que iba a dar al interior de la mansión de los condes. La aventura soliviantaba el espíritu del hombre de acción y de sentimiento. Estaba en campaña contra *Belcebú*.

\* \* \*

De la tribuna de la capilla, por la cual pasó deslizándose, salió a la balconada descubierta de granito, toda entapizada de enredaderas y hiedras, por donde se accedía a distintas habitaciones del palacio, entre ellas la que solía ocupar el mismo fray Diego cuando le hospedaba el conde. Alzó el pestillo de la ven-

tana desde afuera con la hoja del cuchillo que llevaba para tal fin, y entró en el aposento. Echó yesca y encendió una vela de cera, puesta en alto candelero. Un silencio medroso reinaba en aquella parte del vasto edificio. Alumbrándose con la vela, reconoció el fraile el trascuarto que servía de desahogo al aposento, y vio en él una portezuela nunca usada, que salía a una antecámara y a un pasadizo angosto, abierto en el espesor de los muros, y en desuso también. Conducía el pasadizo a una antesalilla ahogada, convertida desde el arreglo de la residencia señorial en almacén de trastos de desecho; y la puerta de esta antesala —condenada y sin llave— daba en otro tiempo ingreso al salón principal del Pazo. El franciscano apagó la vela, se encaramó a un mueble carcomido y acercó el rostro al mainel encristalado, iluminado por luces que en el salón ardían. Miró... Sus ojos, fascinados por el espanto, no podían apartarse de la extraña escena.

En el testero del salón, revestido de pardiazules tapicerías flamencas, ardía la chimenea, a pesar de haber pasado la estación del frío. Las ventanas estaban cerradas; las velas de los candelabros y las lámparas que pendían del techo, encendidas. Y cerca del fuego, ante soberbia mesa de mármoles, doña Juana y Rolando, en pie, con las cabezas muy próximas, se dedicaban a una tarea que al pronto parecía humorística, infantil. Armada la condesa de tijeras, dedal, agujas e hilo, y teniendo delante un cestillo lleno de retazos de tela, cortaba diminutas prendas de ropa, a la medida de un muñeco de cera, como de media vara de alto, en cuyo semblante pensó fray Diego hallar vaga semejanza con el de don Fernando de Aponte, conde de Landoira. Las móbidas manos de doña Juana, donde brillaban esmeraldas y suavemente refulgían perlas, no descansaban en la febril labor de adaptar a la figurilla un ropaje parecido también al que solía usar el esposo de doña Juana. Como que los retazos procedían de trajes de don Fernando, y los galones de plata y oro que guarnecían la casaca del muñeco, eran arrancados a una del conde. De cuando en cuando, la condesa se detenía un momento para mirar a Rolando, para intentar acariciarle. Pero el italiano daba prisa.

—Pronto, pronto... Antes de la media noche...

Y las tijeras rechinaban y la aguja corría, corría... Cuando el muñeco estuvo vestido del todo, Rolando apremió otra vez:

—Los cabellos, los cabellos... Las raeduras de uñas... El diente...

De un papel doblado extrajo doña Juana unos bucles de pelo, un diente blanco y pequeño, lechal. Eran reliquias de la infancia de don Fernando, conservadas por la madre, ahora entregadas por la esposa para el horrendo maleficio. Con arte y presteza, Rolando adoptó a la testa del muñeco los bucles; en la hendidura de la boca, implantó el diente; en las manos hincó las uñas cortadas. Hecho esto, desprendió del corpiño de la condesa un largo alfiler de oro. Al auxiliarle para que encontrase fácilmente el alfiler, doña Juana se inclinó con vehemente anhelo, y recogió de la boca de cinabrio del brujo la irritante miel que buscaba, en sorbo largo, chupón y goloso. En esta actitud les sorprendió la hora de la media noche, que sonó en el aparatoso reloj de caja —uno de los primeros que vinieron a España— con flauteada y plateada serie de golpecitos temblones. Rolando rechazó a la señora, y tomando el muñeco, en el lugar del corazón clavó lenta y reiteradamente el alfiler, murmurando las palabras de un conjuro, jerga bárbara que pronunciaba con impresionante solemnidad. Así que tuvo bien acribillado el pecho de la figura, enrojeció el alfiler en las brasas, y tendiéndolo candente a doña Juana, murmuró:

—Ahora tú, condesa.

Horripilada, vacilaba la señora; pero el brujo buscó a su vez los labios sedientos, y después del halago, la mano de la esposa, esgrimiendo el alfiler, apuñaló nuevamente el pecho del muñeco, representación del marido... Al hacerlo, creyó oír —no podía decir dónde sonaba— una queja sorda, un lamento del otro mundo... Era fray Diego, que lloraba y rugía a la vez, de dolor, de indignación, de grima...

—Ahora —dispuso Rolando— al fuego con él...

Doña Juana cumplió la orden... Sobre las brasas de la moribunda chimenea depositó la figurina; la llama prendió en las telas, abrasó en un segundo los bucles, derritió la cera, socarró el dientecillo. El olor de chamusquina era sofocante. Se oyó otro gemido... Un reguero de chispas voló al consumirse todo...

Fray Diego se bajó del mueble de un salto, y despavorido, ciego, huyó, tropezando con las paredes, salvando puertas, pasadizos y recovecos con alocada rapidez. Nunca supo cómo ni en qué tiempo salvó la distancia que separa el Pazo de Landoira de la Casa Rectoral. Al llegar a ésta, el abad, que bajó a abrir y alumbrar al Inquisidor, se espantó de la alteración de sus facciones. Daba diente con diente como si hiciera frío —con ser la noche templada, primaveral—; su boca salmodiaba rezos, sus rodillas se entrechocaban, y lo único que pudo decir fue:

—Voy a acostarme... No estoy bueno... Écheme encima algún abrigo...

Sin más aclaraciones se dejó caer, tiritando, sobre el limpio lecho que el abad, preparada su propia cama en un mal catre, cedía a su huésped. La fiebre se declaró a las pocas horas; antes de que amaneciese, fray Diego deliraba. Hablaba de filtros, de hogueras, de alfileres de oro, de una mujer perdida, de brujos; discursos sin ilación que el párroco no entendía. ¿Qué podía hacer? Bastábale la brega de asistir al enfermo, de sujetarle, de cuidarle a su modo, con los escasos recursos que ofrecía la medicina casera de entonces. Muy apurado se veía el buen abad, y ya iba a despachar un propio a Estela en busca del mejor médico, cuando la criada, vieja comadre labriega, sabidora a su modo, corrió al tapial, colmó su manteo de picote de haces de ortigas frescas, y se las presentó a su amo, borbotando humildemente:

—No he de ser yo quien le asacuda, que sería vergüenza... Asacúdale, señor; dele bien, que le salte la sangre, y se le irá del cuerpo toda la malinidad del padecer. Yo arrimaré al fuego cocimiento de ruda y hierba virge en aceite, y con tal aceite le amos de curar después la descueradura del cuero.

Resolviose el abad a practicar la rústica receta, cuya eficacia no ignoran los cazadores, y fustigó piadosa y reciamente las carnes del franciscano con las bravías ortigas que levantaban miles de ampollas. Le puso las carnes del color de los pimientos rojos maduros en la solana; y mano de santo fue la ortigada, que devolvió a fray Diego la razón y acaso la existencia. Cambió el curso de su sangre, helada por el horror; cesó la fiebre, y al abrir los párpados después de un sueño de los que reparan las fuerzas y crían nueva vida, al pronto le costó trabajo recordar la cau-

sa de su trastorno. Acudió la memoria al fin, e incorporándose en la cama, gritó:

—¡Landoira! ¡Landoira! Abad, pronto, dígame, ¿qué ha sucedido en el Pazo?

—¡Si ha sucedido —contestó el párroco evasivamente—, no es para pensar en ello ahora...! Duerma y sane...

—Dígamelo, no recele. Estoy muy bien, Dios sea loado. Me siento ya fuerte; mañana espero poder levantarme. Le mando que me cuente cuanto sepa.

—Pues oiga su paternidad... ¡Más valiera dejarlo hasta que se levante y tome un buen caldo de gallina!

—No, no; sáqueme de esta angustia...

—Pues... al otro día de caer su paternidad enfermo, se corrió por la aldea que a la una de la madrugada había fallecido el señor conde de Landoira...

—¡Jesús, mil veces! —exclamó el franciscano—. ¡Señor, tú que ves la iniquidad! ¡De súbito! ¡Sin confesión! ¿A la una de la madrugada? —repitió, confirmando con el detalle exacto la horrenda verdad.

—Esto decían... Él ya hace tiempo que andaba malucho... Le enterraron al otro día, a las nueve de la mañana, en el panteón de la capilla...

—¿Tan pronto? ¿No expusieron su cadáver, según es costumbre, para que los caseros y foreros de la casa, con lobas de paño negro, le velasen y le rezasen?

—No tal... —y el cura bajó la voz—. Decían que estaba muy desfigurado... con manchas oscuras... La rapaza Carmela, que apaña hierba en casa del conde, se lo contó a mi criada... ¡Hubo mucho que hablar de eso, por cierto, en la aldea! Dicen que la señora condesa está como lela, y que no tiene entendimiento para cosa ninguna... y que, al otro día de morir el conde, salió camino de Estela el italiano, con la litera...

—¿La litera? ¿La litera? ¿Para qué? —tartamudeó fray Diego, que temía comprender.

—Para traer a doña Colomba... a la hija de los condes. Ya está aquí desde hace días.

Arrojando con violencia las mantas y las sábanas que le cubrían, saltó al suelo el fraile, y sin oír objeciones ni consejos, gritó:

—¡Mis hábitos, mis sandalias!... ¡Ni un instante de demora!... ¡He de verla, he de ver a doña Colomba ahora mismo!

\* \* \*

Mientras fray Diego se disponía a lanzarse en busca de la hija del conde de Landoira, ésta, sentada en una piedra, al pie de la fuente antigua que en la aldea llamaban de los Ángeles, por el asunto del gastado relieve románico que la adorna, una orquesta de ángeles tañendo arpas y violas, oía atentamente las palabras de Rolando, de pie ante ella, y respondía lenta y profundamente, como si el compás rítmico y musical de las gotas de agua que fluían del caño esmaltado de roja herrumbe, diese el tono a la canturía de su hablar. El caballero y ella vestían de luto, y el negro intenso del damasco de seda de las faldas de la niña realzaba el nácar amortiguado de sus delicadas mejillas, que semejaban alumbradas desde adentro por una lámpara de iglesia, y el rubio luminoso de su cabellera sideral.

—Puedes quererme sin temor, azucena mía —murmuraba Rolando, envolviéndola en el efluvio de sus ojos sobrenaturales—. Yo también sé preferir la pureza a los demás dones; yo también ansío que la azucena florezca en mi jardín. Yo lo deseo más que nadie; es mi ensueño, por mi desgracia, nunca realizado. Que un alma sea completamente mía, mía como es mía la mía propia, todavía con mayor dominio si cabe; y que esa alma sea la más escogida, la más alta, la más infinitamente inmaculada, como la tuya... ¡A eso aspiro! Y por eso, Colomba, entrégate a mí sin miedo, sin que tus mejillas rojeen. ¿Has hecho voto eterno de castidad, dices? ¡Mejor! Blanca eres, blanca serás, mientras me ames... Porque es amor lo que sientes ahora, y era amor lo que sentías en la Santa Enseñanza, cuando desde el coro trocabas conmigo largas miradas en que me enviabas el azul del cielo... ¡El cielo!... —Y Rolando suspiró hondamente.

—No sé lo que era entonces, ni sé lo que es ahora, lo que siento, Justino... De amor hablan los libros que he leído y los salmos que he rezado; pero yo no entiendo qué cosa es el amor. Si el amor es mancharse, reniego de él. Si el amor es compasión, amor te tengo; porque al ver en el altar una cara tan semejan-

te a la tuya, y que tiene como la tuya una expresión de dolor sin consuelo, la piedad me derretía las entrañas. Cuando no estabas tú, me embelesaba en contemplar tu efigie, y al contemplarla me iba naciendo dentro el afán de estar yo no menos triste que tú, y por las mismas penas. Quiero para mí tu dolor y tu castigo. Al pronto, tu presencia me oprimía; cuando te conocí sentí curiosidad y... miedo. Ahora conozco que soy tu súbdita, tu hermana, tu esposa.

—Era el mismo presentimiento de que yo sería tu dueño absoluto lo que te angustiaba... Sí, eso era, Colomba: me perteneces ya en muerte y en vida.

—Te pertenezco... —repitió Colomba pensativa, dejando caer las manos, que sostenían un ramo de madreselva, sobre el faldellín de seda negra arrugado en hondos y castos pliegues—. Estoy pronta a lo que ordenes para demostrártelo... A todo... menos a...

—¡Vive segura, paloma!... Mi destino en muerte y en vida será el tuyo, y tu pureza me es sagrada y admirable. Ella es lo que me atrae en ti. Si te mancharas, perdería mi única ilusión, mi único bien. Despreciemos y repugnemos los dos lo que tú repugnas.

—No sé contestarte. Estoy sujeta a ti por una fuerza que no comprendo. He oído en el convento hablar de monjas tentadas por el demonio de la impureza, que turbaba su sueño con asquerosas representaciones, y me parecía increíble que tan sucio dogal pudiera atar a un espíritu... ¡Cómo las despreciaba, Rolando! ¿Ves cómo tenía razón?

—La tenías de sobra. ¡Azucena, a mí serás consagrada... por siempre y más allá de este mundo!

Y Rolando, aproximándose, sopló suavemente sobre los ojos y los cabellos de la niña —la fascinación del hálito— y a paso lento se alejó, volviéndose para mirarla.

\* \* \*

Fray Diego encontró a Colomba en la misma postura: una actitud de extática; ambas manos sobre el corazón y los ojos perdidos en algo lejano, muy hermoso o muy terrible. A las pri-



meras, a la proposición de apresurar la boda con el marqués de Armariz, Colomba se levantó serena, muda, desdeñosa. Insistió el franciscano, y la hija del conde acabó por responder:

—He hecho voto —murmuró con tenaz dulzura— de perpetua virginidad.

—¡Sin consultarme a mí, a tu confesor! Hija mía —repetió casi con lágrimas el fraile—, ese voto no es válido. Obedéceme; vente a Estela ahora mismo, en mi compañía, y mañana te desposarás con el novio que tus padres te habían destinado. Vengo a salvarte.

—¿De qué? —murmuró desdeñosamente la niña—. No puedo casarme. Vivo sin vivir en mí. Mi voluntad no es mía: la he enajenado.

El Inquisidor retrocedió un momento, y haciendo la señal de la cruz, exclamó:

—¡Pertenece al Malo! ¡Estás poseída!

Y la azucena de pistilos de oro, clavando en fray Diego sus pupilas claras, del color del río cuando está limpio el cielo y derrama en el agua su divino azul, contestó:

—¿Al Malo? ¿Por qué? Mi cuerpo es un vaso de cristal donde no hay empañadura.

—¡Qué importa! —tronó el fraile—. Por dentro, tu alma es ya negra como el pecado mismo... ¡Acepta el esposo que te ofrezco; es tu única salvación, Comba, hija mía!

—¡Un hombre! ¡Bodas!...

Y Colomba, haciendo un gesto de inmenso desdén, sacudió su ropaje de seda, sacudió el polvo del borde de su falda y se alejó por donde había desaparecido Rolando, destacándose su figura, grácil hasta lo inmaterial, sobre el fondo verdoso y luminoso del poniente, donde se destacaban como negros obeliscos los viejos cipreses del cementerio de la aldea...

\* \* \*

El franciscano cabalgó en su mula, sin querer esperar al otro día. Débil y fatigado por la enfermedad, su ansia de salvar de grado o por fuerza a Colomba le prestaba ánimos. Llegó a Estela rendido, extenuado; pero sin perder momento púsose al

habla con el maestrescuela. Encerrados y juntos estuvieron cerca de dos horas ambos inquisidores. La misma tarde salió nuevamente fray Diego hacia Landoira; pero esta vez no iba solo: llevaba de escolta, caballeros en matalones, no una hueste de alguaciles y corchetes, que hubiesen escandalizado y revuelto de antemano a la ciudad, y después a la aldea, sino a tres hombres seguros, callados, ya viejos, avezados a realizar las prisiones y justicias que ejecutaba el Tribunal de la Fe.

Alojose la corta hueste en la casa del abad, el cual informó a fray Diego de que la osadía y desvergüenza de los brujos y hechiceros del contorno ya no conocía freno ni valla, hasta el extremo de tener espantadas a las gentes sencillas del país.

—He tenido delación —añadió el párroco— de que se juntan en conciliábulo semanal, para ritos nefandos, en la fuente llamada de los Ángeles, y allí cometen toda especie de sacrilegios y profanaciones. Bueno sería hacer un escarmiento, toda vez que no pueden sospechar ellos que está aquí la Santa Inquisición.

—¿Se reunirán esta noche? —interrogó mediatabundo el franciscano.

—Con seguridad, porque es plenilunio, noche de San Juan, y le atribuyen en esta comarca mágico influjo. Creen que la fuente está encantada, y que el diablo acude a ella para recibir un culto muy propio de tal señor.

Recordó fray Diego que la fuente era la misma en que había visto a Colomba, y sin saber por qué asoció la idea de la captura que iba a realizar con la de los sacrílegos ritos y abominaciones que acababan de delatarle. ¿Quién sabe si Rolando acudiría al conciliábulo maldito, y si allí sería más fácil echarle mano? De todas suertes, convenía enterarse. Ordenó que se emboscara su tropa al amparo del cementerio, no lejos de la fuente, con viniendo una señal para llamar apenas fuese precisa ayuda. Fray Diego y el párroco, vestidos con ropa seglar, se ocultarían detrás del ruinoso paredón que sostenía la fuente, entre los sauzales y matas tupidas, a fin de sorprender los ritos negros, si es que realmente iban a celebrarse.

Cayó la noche después de larguísimo crepúsculo; noche deliciosa, nupcial, saturada de fragancias agrestes de madre selvas y hierbas aromáticas. La luz lunar plateaba los agros y se ador-

mía en los alindes del ancho espejo del río, allí donde se hacía más recatada y densa la sombra de los altos peñascos. A lo lejos, en las laderas de las montañuelas, oíanse los cantos prolongados de los labriegos, los gritos de júbilo y reto, los aturutos al saltar las hogueras de San Juan; pero según fue avanzando la velada, los ruidos se extinguieron y la poesía novelesca del paisaje se acentuó con el silencio y la quietud. La fuente de los Ángeles derramaba su hilito plañidero gota a gota, en el pilón de piedra enverdecido de musgo. La plazoleta estaba desierta aún.

\* \* \*

Una sombra grotesca avanzó penosamente: era una vieja apoyada en dos muletas. A la primer hechicera coja siguió una jorobada, otra tripona, otra que era un puro esqueleto. Hombres de catadura igualmente risible las escoltaban: un patizambo, un jayán tuerto y fornido, uno sin piernas, que lagarteaba sobre las manos. La luna exageraba en caricaturas de pesadilla las sombras de aquellos seres, confusos y deformes como larvas. Acarreaban algunos pesados haces de leña; los unieron, los apilaron, y pegándoles fuego, pronto la hoguera sanjuanesca crepitó. Entonces se vio una cosa ridícula y espantable: los vestiglos se desnudaron a prisa de sus andrajos, y cogiéndose de las manos, parodiaron, en ronda empecatada y bufonesca, el ancestral baile aldeano, que termina con el salto de la fogarada. Cantaban injurias al Bautista y letanías al revés, invocando al Maldito. En vez de *ora pro nobis*, repetían los labios blasfemos, entre carcajadas «peca *pro nobis*...» Y la parodia del pecado, más repugnante que el pecado mismo, hacía de la rueda endemoniada un cuadro del Bosco, una comedia satánica, juego de bufones sardescos que quieren distraer el aburrimiento del diablo...

De pronto, se paró la rueda. Avanzaban hacia el centro de la plazoleta dos figuras vestidas de negro. Desde su escondite, fray Diego se conmovió hasta la última fibra... Eran Rolando y Colomba dándose la mano, hermosos los dos, a la luz de la luna que enverdeía sus semblantes y de la llama que los enrojecía,

igualmente desesperados e igualmente soberbios. Las melenas de Rolando, foscas y rizadas a lo Carlos II, eran de un tono de ala de cuervo; las de Colomba, a la llamarada de la hoguera, una rutilación de oro, el inmenso nimbo esplendente y afiligranado de una efigie. Los brujos se postraron, adorando; sentose el italiano en la piedra, y la hueste de sortilegos vino a besarle el pie.

—¿Habéis hecho todo el mal posible? —preguntó él, ceñudo.

—Sí, sí —exclamaron todas las voces.

—¿Habéis secado a la vaca, chupado al niño, consumido con hierbas de ponzoña el corazón del hombre?

—¡Sí, sí, príncipe!

—¿Habéis quemado la casa, inficionado el agua, arrasado la cosecha, avivado con filtros el ardor de los siete pecados capitales?

—¡Sí, sí, ilustre señor!

—Entonces sois dignos de ver a vuestra reina. Miradla qué hermosa; no os acerquéis, es inmaculada como la nieve. Desde lejos os será permitido admirar su milagrosa belleza y asistir a su consagración. Colomba, ha llegado el momento, añadió el brujo sin gestos, con la sencillez del que puede mandar.

Fray Diego sentía sus venas heladas; el mismo entorpecimiento inexplicable que le había acometido al presenciar cómo embrujaban al conde, le sujetaba ahora; quizás no era sino la curiosidad de lo desconocido, del *más allá* negro...

Colomba avanzó sumisa. Rolando, con la varita de avellano que empuñaba, y situándose hacia Oriente, trazó rápidamente el pantaclo, y después el círculo mágico, en el suelo argentado de luna. Sus labios borbotaban las palabras de la evocación, *super flumina chobar...* mientras diseñaba en los diámetros del pantaclo la cruz y los signos de la kábala. Terminada la operación hizo una señal a Colomba, y ésta se adelantó sin miedo, colocándose en el centro del pantaclo. Rolando recitaba las palabras del pacto en bastardo latín y la joven las repetía exactamente con su voz angelical; ironía horrible, oír salir tales vocablos de tal boca. *Et tibi polliceor quod faciam quotquot malum potero, et atrahere ad mala per omnes...* Brujos y brujas rugieron de alegría al oír la promesa confirmada al final por los invocados nombres de Leviatán, Astarot, Belcebú... Los ojos fascinados de aquella mise-

ra grey creyeron entonces percibir que surgía la sombra gigantesca del macho de cabrío, erguido sobre la piedra en que Rolando se había sentado antes. La luz de la hoguera encendía su pelaje, y el monstruo barbudo y sardónico parecía hecho de cobre a martillo. A otra señal del caballero, Colomba, automáticamente, empezó a despojarse de sus ricas vestiduras de luto. Fue todo como un relámpago: a la claridad del satélite, y al resplandor moribundo de la llama, el cuerpo de la niña apareció como estatuilla de nácar blanco con vislumbres rosa; sobre su desnudez no quedaban sino dos rectángulos relucientes en espalda y pecho; el escapulario de las monjas, el escapulario de san Miguel Arcángel, príncipe de las milicias celestes, bordado de talco y lentejuelas chispeantes. Rolando extendió la mano y arrancó el escapulario; al hacerlo, rozó uno de sus dedos la piel de seda de Colomba, y una ampolla se alzó, roja como brasa. Otro signo prosternó un instante a la hija de los condes de Landoirra ante la piedra, donde los brujos creían ver en la hedionda figura que reviste, para presidir el sábado, al propio Belcebú... Y cuando la bruja joven se irguió, ya consagrada, permaneció de pie un instante, vaciló, y cayó tendida en tierra, rígida, inerte.

El Inquisidor y el abad habían presenciado los ritos embarcados de espanto y también de aquel sentimiento complejo, la punzante curiosidad, la que impulsa a rasgar velos y presenciar, entre crispaciones, espectáculos crueles y malsanos. La fascinación, nudo de la impía maraña, les sometió también a su encanto letal, como si el unguento frío de las brujas les hubiese tullido los miembros. Para recobrase, necesitó el franciscano ver caer a Colomba cuan larga era, blanca bajo la claridad del plenilunio...

Aplicando a los labios fray Diego el pito de plata que llevaba colgado del cuello, silbó para llamar a sus hombres, y éstos salieron rápidos del matorral donde se ocultaban, armados de espadines y estoques, las cuerdas arrolladas al brazo. «Prendan a todos... menos...» Fray Diego no se atrevía a pronunciar el nombre de doña Colomba y, veloz, recogió las vestiduras de negra seda crujiente y con ellas cubrió, volviendo el rostro, la escultura luenga y fina como las que se adivinan al través de los ro-

pajes simétricos de las santas en el sublime pórtico de la *Gloria*... Mientras los corchetes se apoderaban de Rolando y de un par de brujos —en dispersión los restantes como asquerosos animalejos nocturnos que se agazapan en sus guaridas— el inquisidor repetía, recobrado ya el uso de la palabra:

—¡Jesús! ¡Santa María! ¡San Silvestre! ¡Brujas fuera!

Rolando, maniatado, envuelto en una capa, fue conducido secretamente a los calabozos secretos de la Inquisición de Estela. Se encargó el sigilo más absoluto a los tres esbirros que asumían las funciones de dar tormento y aun de ejecutar, si bien este último caso no llegaba nunca.

La hija de los condes de Landoira quedaba con su madre en el Pazo; fray Diego no quiso ni aplicarla los exorcismos que en aquel momento se aplicaban al desgraciado monarca español. Anhelaba el fraile, ante todo, sofocar el escándalo, apagar las hablillas; después se pensaría en el remedio de lo demás: en desembrujar a la infeliz posesa.

\* \* \*

Fue encerrado Rolando en la mazmorra más oscura, y allí, en completa incomunicación, se le dejó algún tiempo, el necesario para que se reuniese el Tribunal y deliberase lo que convenía hacer. Consultó a Madrid; vinieron órdenes de conferir el asunto a fray Diego y a Resende, actuando el primero de fiscal, y, sin pensar en moniciones, abreviando el procedimiento, se acordó aplicar al reo la tortura para arrancarle una completa confesión que justificase el castigo más severo. Tres meses después de la noche de San Juan, trajeron al caballero a la cámara de la tortura, no muy angosta, baja de techo y abovedada, que recibía luz de estrecho ventanillo con reja. Para mayor reserva, el maestrescuela actuaría y recogería las declaraciones del reo. Los tres hombres que habían capturado a Rolando servirían de verdugo y ayudantes. Se prescindió del médico de la cárcel: había facultades para eso y más.

Trajeron al italiano extenuado por el cautiverio, ajados los ricos terciopelos y los encajes de su vestidura, y enmarañada la sombría y sedosa melena felipeña. Sus facciones, acentuadas por

el enflaquecimiento, expresaban desdén, ironía y reto orgulloso. En muchos condenados al ansia se vieron rostros así, antes de probar el suplicio; el maestrescuela se lo hizo notar a fray Diego, el cual, antes de que entrase Rolando, parecía el reo verdaderamente, según estaba de abatido y escalofriado, oprimido su corazón benigno por la atroz necesidad de aquella hora. Apenas hubo visto al brujo, sintió la conmoción de antipatía, se acordó de sus fechorías, y se resolvió a proceder.

Dos cadenas bajaban de las muñecas a los tobillos del caballero. Fueron abiertas las esposas, y el maestrescuela, instalado ante su mesilla, con provisión de papel de barba y ajuar de tintero de asta y plumas de ganso, requirió al reo a que confesase cuantos hechizos hubiese practicado antes y durante su estancia en Estela y en Landoira.

—No diré palabra —respondió él fríamente—. Hagan de mí lo que quieran.

Despojáronle de sus ropas, dejándole sólo el paño femoral. El torso del reo estaba demacrado, pero era hermosísimo, de líneas helénicas como el de un Antinóo. Amarraron cuerdas a sus tobillos y muñecas, y le tendieron sobre el potro... El potro pude yo verlo aún en los sótanos —advirtió el narrador—. Era una tarima que alzaba del suelo algo menos de tres cuartas, y cuyas tablas, en vez de ser planas, tenían una arista aguda hacia arriba, donde había de recostarse el cuerpo del paciente. Las cuerdas de pies y manos fueron pasadas por cuatro argollas sujetas a la pared, y al extremo de las cuerdas se adaptó una especie de torniquete, para hacer fuerza y atirantar mejor. Estiraron primero los pies, las manos luego y Rolando quedó en cruz, hincándosele en las carnes los cortantes barrotes del potro. Su pecho anhelaba y jadeaba; revolvía la lengua seca en la boca, apretaba los dientes; pero a la nueva intimación de confesar, sólo respondió con obstinado, altivo silencio.

Una por una forzaron las cuerdas. Se oyó el estallido y crujido de los huesos, al distenderse con violencia ligamentos y articulaciones. Repitióse la intimación, y el reo contestó con un movimiento negativo de la cabeza, que pendía hacia atrás, como si se le hubiese tronchado el cuello. La tercer vuelta —la última que la naturaleza humana puede resistir sin que sobrevenga la

muerte— arrancó al reo un «¡No!» que parecía el aullido de una fiera. Las costillas se marcaban en el pecho, aplanado, por decirlo así; su vientre parecía vaciarse al pensar los intestinos la piel, prolongada por la tirantez del brazo y piernas; su carne amoratada hacía cojín sobre las sogas, ya salpicadas de sangre...

—No resistirá —balbució fray Diego, más blanco que el papel en que garrapateaba don Tomás—. Basta, basta... Ya se ve que no confiesa...

—¿Aun tendrá su paternidad compasión de este sacrílego? Si no confiesa en el potro, confesará por el agua. En el agua encontraremos la verdad; pero antes le daremos vino para que vuelva en sí.

Rolando, en efecto, sufría un síncope. Se le desató, tendiéndole sobre un jergón, y se le hizo beber un trago de añejo; el jarro estaba prevenido ya, para el desfallecer del reo y el cansancio de los verdugos. Al abrir los ojos, Rolando suspiró:

—¡Agua... agua!

—La tendrás abundante —advirtió el maestrescuela— si no confiesas ahora mismo, y de grado, todos tus sortilegios y maleficios y no te prestas a deshacer el de doña Colomba de Apon-te y Mariño y el de su madre doña Juana Mariño, por tus artes diabólicas embrujadas y posesas.

No hubo respuesta. La resistencia de bronce del brujo continuaba. Dejáronle reposar una hora; los atormentadores salieron a tomar un bocado; don Tomás hizo lo mismo; fray Diego sólo bebió un poco de tisana. Después se preparó la nueva tortura. Sujeto el reo en cruz, con los mismos cordeles, sin estirar, sólo para inmovilizarle, se le tendió, no en el potro, sino en una tarima camera corriente. Hecho esto con suma celeridad, se colocó sobre su boca un paño y un embudo. Lentamente, casi goteando, dejaron caer el agua, descansando para que el torturado no se asfixiase, y el chorro fuese colocándose y repartiéndose en el interior del dolorido tronco, causando un sufrimiento más cruel, una agonía más intolerable que todos los martirios anteriores... Rolando había salido de su modorra. Al principio resistió con firmeza; sólo cuando hubo trasegado una azumbre, empezó a gemir y a querer soltarse, rechazando el embudo con instintiva defensa. Se lo quitaron.

—¿Confiesas?



Los dedos, hinchados y sujetos por la argolla, dijeron que *no*.

—¿Libertas el alma de doña Colomba? —imploró fray Diego.

Otra negativa muda. Después, los ojos fosfóricos fulguraron, y de la garganta salió una arrogante protesta.

—Esa alma es mía. Mía para siempre.

—¡La segunda azumbre! —dijo el maestrescuela—. ¡Y luego otra!

Al ir entrando el líquido, se vio una cosa espantosa en el escuálido tronco: el estómago y el vientre empezaron a formar una colina; luego una redonda vejiga, que fue inflándose como un buche de sapo hostigado. El atroz temblor del cuerpo hacía retemblar y crujió la tarima.

—Si él resiste, yo no, Resende —intercedió fray Diego, más blanco que el papel—. ¡Desátenle, por Jesucristo, y pidámosle a Él y a su gloriosa Madre que le inspire arrepentirse y confesar!

Desataron al reo, y, cogiéndole por piernas y brazos, volvieron a tenderle en el colchón. El franciscano mandó alejarse a los verdugos, y se hincó de rodillas al lado de la víctima, instándole a decir la verdad. El caballero se volvió hacia el fraile.

—¿Queréis saberla? —contestó él en voz quebrantada, pero cuajada en desprecio—. Prepárate, fraile, y no te acerques; nos hemos detestado desde que nos conocimos. Ahora que no es el tormento el que me obliga, voy a hablar. Haced lo que queráis de mí; no podéis quitarme mi victoria.

—¿Cuáles fueron tus propósitos al embrujar a doña Colomba de Landoira y a su madre? —interrogó el inquisidor—. ¿Saciar tus torpes apetitos? ¿Apoderarte de la hacienda de esa familia, perdida por ti?

Los ojos, ya casi apagados como dos gotas enfriadas de la cera verde que gastaba la Inquisición, se encandilaron y fosforescieron de nuevo al replicar:

—¡Necios! Hay algo mejor que la posesión del oro, mejor que la carne, mejor que los sentidos; hay un tesoro, que es el alma, la de doña Colomba me pertenece, justamente porque no la he manchado con torpeza ninguna. Puedo deshacer las ceremonias con que la inicié de bruja; pero nadie impedirá que su espíritu sea mío, y mío por la eternidad. Este goce no lo comprendéis...

¡Sois unos miserables sandios, que no creéis sino en la materia! Con doña Juana, que es como vosotros, he usado drogas; su alma, si es que existe, os la regalo... A doña Colomba no me la quitaréis nunca. No sabéis su precio. La guardo para mí. Cuantas palabras murmure la boca, y cuantos círculos trace al revés la varilla, no desharán lo que hizo el espíritu, señor de la carne y de la voluntad.

—¿Le damos a beber sin sed otros pocos tragos? —propuso, destellando enojo, Resende.

—¡Será en balde! —suspiró fray Diego, que se reconocía vencido, y creía oír la voz del Malo, allá en el altar donde san Miguel vibra hacia él su lanza, repitiendo: «¡Hiéreme, acribíllame; no me vencerás...!»

Comprendió el brujo la derrota de los inquisidores, y aun quiso abrumarles más bajo el peso de la grandeza satánica, y prolongar y complicar su triunfo, como ellos había prolongado y complicado la tortura.

—¿Pensaréis que sólo he logrado a doña Colomba...? ¿Que me ha bastado la familia de Landoira, el padre muerto, la madre perdida, la hija posesa, infundido en ella mi ser y unida a mi destino...? ¿Pensaréis eso de mí? ¡Pues sabed que cuando he llegado a esta ciudad oscura, ya dejaba cumplida una obra sin nombre! ¡Dejaba en su féretro a la reina, y ligado y maleficiado al rey!

De esta vez, los inquisidores se alzaron aterrados, con el mismo grito en la garganta:

—¡Maldito!

—¡Maldito, *vade retro*!

—¡A la reina nuestra señora has osado!

—¡Al rey nuestro señor!

—¡A fuego lento! ¡A fuego de leña verde hay que quemarle!

—¡Mientes, maldito! —exclamó al fin fray Diego— ¡No has hecho tal cosa!

—La hemos hecho de acuerdo madona Olimpia, mi hermosa amante, y yo. Ella dispuso, yo ejecuté lo dispuesto. ¡No entendéis la delicia de hacer el mal! Preparé la pócima, recité el conjuro, realicé la evocación. La reina tenía calor una tarde, en su regio aposento de Madrid; quería beber leche, y se la servían

caliente y turbia. Madona Olimpia corrió a buscar leche exquisita, helada. En ella, mi mano vertió unas gotas de *acqua*, de esa agüita admirable que tanto ha influido en los destinos del mundo, en la existencia de los reyes... Vertí la dosis atemperada, la que no mata instantáneamente, y por eso la reina aún tuvo tiempo de decir a sus médicos: «No defiendan mi vida, que no vale la pena...» —. Porque la reina vivió triste, triste, sin amor, sin juventud...

—¡La hoguera! —repitió Resende—. ¡La hoguera, y las cenizas al viento!

—¡Lo que queráis...! ¡No impediréis que esto haya sucedido como lo oís...! ¡Ni impediréis que esté hechizado el rey Carlos II; que se hayan secado en él las fuentes de la vida, incapacitándole para transmitirla. La nueva reina no parirá; el reino será devastado por reñida y larga guerra, y la sangre y el llanto correrán a mares; las llamas del incendio subirán al cielo, y todo eso será mi obra, la obra de este hombre cuya carne habéis rasgado, cuyos miembros habéis descoyuntado, pero sobre cuya esencia no tenéis poder!

\* \* \*

Miráronse los dos inquisidores con inmenso desconsuelo. El réprobo decía verdad. Bajaron las cabezas consternados, y dejando a la víctima exhausta por el esfuerzo que acababa de hacer, salieron a deliberar en la sala ahumada y lóbrega que precede a la cámara del tormento.

—Buscaremos la leña más verde de Torozos para la quema — fue cuanto se le ocurrió al maestrescuela, que, como al fin era hombre, añadió una ristra de los ternos de entonces — por vidas, reniegos y pesias.

—¡Don Tomás eso es imposible! ¡No podemos sacar a quemar ni a morir en la horca a este hombre! —contestó después de un momento de hosco silencio el franciscano.

—¿Es que no lo tiene merecido? ¿Es que también de éste será capaz su paternidad de sentir compasión?

—¡No hay tal! —estalló fray Diego, espantado y tembloroso, enjugándose el sudor frío que le corría por la piel con ancho pa-

ñuelo de hierbas—. ¡No es compasión! ¡Sólo la gran santa Teresa de Jesús ha compadecido al demonio! Es que tenemos que guardar el silencio y echar tierra, como hicieron en Madrid... Ellos con su conducta nos dan la norma... La muerte de la reina María Luisa, a quien Dios haya, no ha sido vengada por el rey Carlos: se ha permitido que la envenenadora pasase la frontera y se pusiese fuera del alcance de toda persecución. Y en Roma me ha dicho nuestro padre prepósito, que tampoco el rey Luis de Francia quiso encarcelar a las encumbradas señoras y princesas de la sangre que terciaban en las brujerías y venenos, y sobre cuyo cuerpo se dijo la misa de Satanás... ¡Ah, señor maestrescuela de mi alma! ¡Ojalá se pudieran enterrar tales abominaciones a siete estados bajo tierra, para que nunca se sospechasen!

—Razón lleva su paternidad, y convencido me ha —contestó francamente el canónigo. Son secretos de Estado; el vulgo no debe ni olfatear siquiera... ¡Tierra, sí, que la tierra todo lo cubre, y a ella van los muertos con la carga de sus pecados... para que Dios se encargue allí del condigno castigo!

—Así será... El brujo no volverá a salir de entre estas paredes. A su mazmorra incomunicado; la comida por el ventanillo... Sólo en el caso de que pida confesión...

—¡Confesión él!

—¿Quién sabe?... Resende, de la misericordia divina no hay que desconfiar nunca...

\* \* \*

Hízose puntualmente como habían determinado los inquisidores. Con absoluto sigilo fue vuelto a sepultar el caballero Justino Rolando en la prisión casi subterránea que aun puede usted ver, si mañana tiene curiosidad de enterarse de este detalle de la historia. La puerta, defendida y resguardada con barras de hierro, cerrojos y candados, no volvió a abrirse. Los otros brujos, presos en el sábado de la fuente de los Ángeles, salieron libres, con algunos verdugones y cardenales de la azotaina; y cuando la gente de Estela susurró algo de la suerte de aquel italiano protegido de los condes de Landoira, otros susurros, há-

bilmente esparcidos al aire, contestaron que, después de sufrir el tormento para que declarara las artes mágicas de que se servía, a fin de buscar la famosa alquimia del oro, había muerto en las cárceles, a consecuencia de un repentino mal de corazón.

Sólo una persona adivinó que Rolando vivía. Las señoras de Landoira habían regresado a la ciudad, y todas las mañanas, envuelta en el negro y amplio manto de la época, una mujer esperaba a fray Diego en el atrio del convento de San Francisco, edificado en la hondonada que un tiempo se llamó con el tétrico nombre de *Valdeinfierno*. Cuando el franciscano salía, la señorita de Landoira le asía por la manga.

—¿Dónde está? ¿Dónde está?

Pasado un año, mejoró al parecer el estado moral y mental de Colomba, y creyó fray Diego que podría intentarse restaurar aquel pobre espíritu, abrir las puertas de su alma al arrepentimiento y a la reconciliación con el cielo. Ayudábale en el intento doña Juana, repuesta de los efectos del bebedizo y sinceramente arrepentida, porque era de las que sólo pecan con los sentidos y no con el espíritu rebelde. Desde la exhortación al exorcismo, todo lo probó el franciscano. Nada sirvió. Colomba sonreía con altivez y rechazaba consejos, amenazas y consuelos igualmente.

—Ahora ya sé dónde está. No me importa que me lo escondan —repetía, cuando el fraile la amonestaba—. Está en mí. Le veo en el altar, cuando voy a la Santa Enseñanza, y también de noche, siempre a mi lado, siempre al lado izquierdo. Me habla, le respondo; me dice que nos reuniremos pronto, y a esta promesa siento una felicidad que me arroba y me enajena de mí misma. Aquí le llevo. Nadie conseguirá apartarme de él...

Con terquedad mansa lo repetía a cada hora. En vano fray Diego trajo al marqués de Armariz al palacio de los condes; Colomba le recibió mansa y apacible como siempre, pero dijérase que sus ojos tranquilos no le veían. Ya desesperado, no sabiendo qué hacer para curar el alma de la hija de los condes, dio el franciscano en figurarse que lo que sostenía el hechizo que la tenía cautiva podría ser la maldita efigie que se retorció a los pies de san Miguel en la iglesia de la Santa Enseñanza, única que frecuentaba Colomba diariamente. Una conversación

con la abadesa bastó para que fray Diego lograra su propósito: la efigie fue bajada del altar, y confiada a un escultor para que reemplazase con una cabeza de dragón, endriago o sierpe aquella terrible cabeza humana, de cambiantes ojos. La antigua testa fue enviada al convento, y fray Diego, sobre las losas del claustro de arcos ojivales, cerca de la fuentecilla que manaba allí como un raudal de lágrimas de contrición, hizo una hoguera, a la cual arrojó la cabeza condenada, la del gesto de orgullo, desprecio y melancolía infinita. Las llamas prendieron en la madera seca y la consumieron veloces, haciendo estallar los ojos de vidrio, cuya mirada enardecían con vislumbres fosfóricas los rayos del sol poniente. Al no quedar de la efigie sino cenizas, respiró mejor el fraile, dando por seguro que el maleficio quedaba deshecho.

\* \* \*

Por la tarde vinieron a avisarle de que se había puesto gravemente enferma la señorita de Landoira.

Siete largos días pasó a su cabecera fray Diego, agotando, inútilmente, los ruegos y hasta el llanto, para que la niña muriese como mueren los santos y los ángeles, que tienen la misma forma exterior en que estaba envuelto aquel espíritu nacido y criado para la bienaventuranza... Fue imposible. Las palabras del brujo volvían a la memoria del franciscano: «¡Es mía, me pertenece y no conseguiréis quitármela!» Colomba se extinguía en una especie de éxtasis... el éxtasis quietista, el éxtasis de tantos heréticos y heréticas, alumbrados y poseídos como entonces pulularon en España, en Francia, en Portugal. ¡Remedo espantoso de la beatitud, mueca del eterno jimio que imita porque no ha creado, y en el hornillo de la magia contrahace el verbo de la divinidad!

Salía el fraile del aposento de Colomba abrumado de aflicción ante la impenitencia final de la que ya había partido Dios sabe hacia qué comarcas misteriosas, mientras sus despojos quedaban allí rígidos, cubiertos con blanca sábana, y bajaba la escalera del palacio, cuando el carcelero de la Inquisición, que subía, le detuvo y pidió ser escuchado un instante.

---

—El preso ha fallecido. ¿Qué hago con su cadáver? —preguntó.

—Lo sepultarás tú solo, sin que nadie lo sepa, de noche, en la quintana de muertos...

—¿Y sus ropas?

—Quémalas.

El médico de la condesa de Landoira, que asistió a doña Colomba en su enfermedad de consunción, testificó que tenía una señal roja al lado izquierdo del pecho y que había muerto virgen.

—Y no escriba usted palabra de todo esto —suplicó el arqueólogo—, mientras yo no publique mi libro, que, ya usted no lo ignora, arrojará luz sobre un enigma...

